



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La experiencia del siglo XX

Autor: Galasso, Giuseppe

Forma sugerida de citar: Galasso, G. (2000).
La experiencia del siglo
XX. *Cuadernos Americanos*,
5(83), 78-85.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIV, Núm. 83, (septiembre-octubre de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/>Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

La experiencia del siglo xx

Por Giuseppe GALASSO
Director de *emprendre, SEC*

LA MEDIDA DEL SIGLO —cien años exactos desde el año 01 hasta el año 00— es, en apariencia, un criterio muy racional para distinguir en el plano del tiempo las vicisitudes de la humanidad. Pero las vicisitudes de la humanidad se distinguen, ante todo, porque pueden tener muchas características, pero ciertamente no la uniformidad; por el contrario, son de lo más variado e imprevisible que se pueda imaginar. El criterio secular en cambio se caracteriza, precisamente, por una absoluta uniformidad, y esto lo hace absolutamente inadecuado como patrón de cronología histórica. Tanto es así, que de ningún siglo se ha dejado de discutir y se discute la fecha de inicio y de terminación. Para cada siglo nos preguntamos si por casualidad no habrá comenzado antes de su inicio y terminado después de su fin, o si habrá comenzado después de su inicio y terminado antes de su fin.

Este último es precisamente el caso del siglo xx. ¿No comenzó acaso con la primera Guerra Mundial? ¿No terminó con la caída del comunismo a finales de los ochenta? Por eso se lo ha definido como el “siglo breve”. Pero con igual derecho se lo podría definir como un siglo muy largo si, como parece razonable, se consideran parte de su historia también los orígenes de la primera Guerra Mundial y las consecuencias de la caída del comunismo, que actualmente están en pleno desarrollo. He aquí pues un típico ejemplo del escaso significado del siglo desde el punto de vista histórico-cronológico.

Naturalmente, cien años son, en todo caso, un periodo bastante amplio para la vida humana, como para encontrar siempre en ellos muchas cosas significativas e importantes. Por esta razón, cada siglo es también caracterizado fácilmente con una definición emblemática: el siglo de los descubrimientos geográficos, o el siglo de las guerras de religión, o el siglo de la revolución industrial. ¿Y el siglo xx?

Tampoco desde este punto de vista parece muy afortunado. Totalitarismo, holocausto, dos sangrientas guerras mundiales, la

explosión demográfica, el peligro nuclear, la contaminación ecológica, la caída de viejos imperios y de nuevas y grandes potencias revolucionarias, una memorable crisis económica, el surgimiento de la brecha entre el Norte y el Sur del mundo —mucho más profunda de lo que jamás se hubiera pensado—, la tragedia de grandes y desesperadas migraciones intercontinentales; he aquí un catálogo parcial de los elementos del panorama negativo con el que el siglo xx se presenta a los ojos de quien recorre su camino. Incluso procesos que se deben considerar como positivos en conjunto han originado elementos de consecuencias tan dramáticas que son difíciles de imaginar. El subcontinente indio ha alcanzado la independencia pero ha dado lugar a una rivalidad no sólo entre India y Pakistán, sino también entre las dos partes del Islam indio, el occidental de Islamabad y el oriental de Bengala, con masacres y sufrimientos de enormes dimensiones. Los ingleses y franceses se han ido del Medio Oriente, pero todos saben lo que ha significado y significa el conflicto palestino-israelí, para no hablar de los conflictos internos de Líbano. África subsahariana ha sido descolonizada, pero se ha convertido en teatro de violencias gigantescas que han superado cualquier horror precedente. El mundo islámico, que tuvo en el curso del siglo xx un grandioso “resurgimiento”, se ha revelado sin embargo un semillero de fundamentalismos casi siempre terriblemente anguinosos; último en orden cronológico, pero uno de los más violentos, es el argelino.

También éstos son sólo algunos de los ejemplos posibles de procesos históricos, que se pueden considerar fatales, además de positivos, y que todavía están muy lejos de haber dado lugar a equilibrios estables y pacíficos. En líneas generales se puede decir que la segunda mitad del siglo parece haber sido incluso peor que la primera. La violencia que en la primera mitad había tenido como principal punto de referencia un contexto dominado por la presencia y la acción de pocas grandes potencias, tanto que culminó con los horrores de dos grandes guerras mundiales, una gran revolución (como la rusa de 1917) y alguna feroz guerra civil (como la española de 1936-1939, con cerca de un millón de muertos), algunas acciones abiertamente imperialistas (como las de Japón en China o Italia en Etiopía). En la segunda mitad del siglo la violencia se ha fragmentado en una serie de episodios originados en muchos centros imprevisibles y continuamente. La intolerancia étnica y religiosa se ha superado a sí misma al alimentar horrores

cada vez mayores. La crisis serbio-bosnia-albanesa de los años noventa ha sido una cruel demostración de ello. Además, dictadores, regímenes que han generado una feroz represión, con invenciones trágicamente fantásticas, como la de los desaparecidos argentinos. Y, para concluir este cuadro poco placentero de la segunda mitad del siglo, bastará recordar la inaudita difusión y poderío alcanzados por el hampa internacional y dentro de cada país. Nunca se había tenido un cuadro como éste, que a fines del siglo presenta enlazados trágicamente la prostitución, la droga, el trabajo clandestino, la especulación sobre las migraciones de los más desesperados hacia el mundo de los *happy few*, incluso el tráfico de órganos humanos.

Es fácil notar que en este triste cuadro el elemento común está representado por el daño a la libertad y la dignidad del hombre, de su vida física y moral, de sus pasiones y sus intereses más elementales, de sus ideales y sus raíces. Es éste un tema tan vasto que un concepto como el de los derechos humanos ya parece inadecuado para sostener el peso de todo lo que el siglo xx está cuestionando y ha pisoteado de la vida humana, a nivel individual y colectivo.

Este cuadro, por fin, no se limita a la vida pública y política. El valor-hombre parece haber recibido ofensas y amenazas no menos relevantes en otros planos. ¿Qué sería de una humanidad que se abandonara sin resistencia íntima, sin perplejidad profunda, a la lógica de la clonación, de la manipulación genética, del rechazo a reconocer los límites de la fisiología humana? ¿Qué humanidad sería la que hiciera uso del planeta tierra con indiferencia no sólo hacia los enormes problemas del saqueo indiscriminado de los recursos naturales sino también de los equilibrios en los cuales el hombre siempre ha reconocido una matriz profunda de su identidad? ¿Y qué ciencia es la que, con triunfos técnicos grandiosos, imprevisibles e inesperados, plantea luego problemas formidables que parecen exponer a peligros nuevos y más terribles el valor-hombre?

Se podría continuar sobre estos carriles y el siglo xx ofrecería siempre tema abundante para hacerlo. Pero inmediatamente se advierte que un balance tal del siglo xx como negación del hombre sería del todo parcial y completamente insatisfactorio. Inmediatamente se advierte que todo lo que hemos apuntado hasta ahora es sólo el reverso de una medalla que ofrece en su anverso una fisonomía muy distinta; al considerarla, el siglo xx se presenta como una de las épocas más fuertes y dinámicas de liberación y de

promoción de los valores de la humanidad y de las esperanzas y energías materiales y morales del hombre.

El siglo, ante todo, se ha cerrado con una grandiosa reafirmación de los principios de libertad. El desafío que a la causa de la libertad representaron tantas décadas de totalitarismos fanáticos y crueles ha sido completamente deshecho. Es cierto que también a fines de siglo se han difundido regímenes muy lejanos de las características de los regímenes libres, en países pequeños y grandes. Pero ya no existe el convencimiento que los totalitarismos representen la perspectiva de nuestro tiempo, como en los años treinta, y como, después de la segunda Guerra Mundial, con lo que parecía ser la marcha triunfal del comunismo. Por el contrario, justamente la experiencia del comunismo ofreció otro y no menos importante dato de la situación de finales de siglo. La caída del comunismo, en efecto, ha comprometido la idea de que la revolución representa el plano más alto y el instrumento más noble para las grandes acciones históricas y para la solución de los mayores nudos y problemas históricos. La idea que los regímenes de libertad, con todos sus defectos, representen la forma de organización de la vida civil más congenial a las necesidades prácticas y a las más nobles aspiraciones del hombre, es una idea cada vez más reconocida, incluso ahí donde en la práctica es negada. También los regímenes que tienen un origen revolucionario más declarado (como por ejemplo el de China o Irán) parecen estar en el camino de procesos que pueden ser de larga duración, pero sustancialmente de liberalización.

También la paz representa uno de los grandes valores que salen victoriosos de los desafíos del siglo xx. Puede parecer increíble que se diga esto después de haber afirmado que el siglo estuvo recorrido por una muy amplia estela de guerras, de sangre, de violencia. Pero en realidad la paz ha vencido efectivamente el desafío del siglo. Pensemos en el escenario de la primera mitad del siglo, en que la guerra era una perspectiva concreta, frecuente y programáticamente recurrente en la acción de todas las grandes potencias. Pensemos en la situación del mundo bipolar, en el terror atómico surgido con el final de la segunda Guerra Mundial y en la posibilidad, que más de una vez se dio, que uno de los dos contendientes diera el paso del supremo riesgo nuclear. Sin embargo, no se dio una tercera guerra mundial. Mejor dicho, se dio, pero se combatió de manera que siempre excluyera, en último análisis, la solución militar. La disuasión atómica mantuvo sustancialmente quietas a

las grandes potencias. Las guerras limitadas que combatieron en más de una ocasión fueron controladas y dirigidas por la política mucho más que por los militares. En cambio sólo parcialmente lograron controlar y dirigir las numerosas guerras locales que estallaron en el último medio siglo. Sin embargo, en la escena de la gran política mundial estas guerras, aunque a menudo terribles y crueles, aparecen cada vez más como fenómenos residuales de una vieja estructura de las relaciones entre comunidades y naciones.

Este hecho ha llevado a algunos a hablar del "fin de la historia". Pero esta perspectiva, más allá de su restringido ámbito de aplicación más inmediato, es claramente una noción indefendible, del mismo modo que es irreal pensar en un "fin de las guerras", aunque éstas aparecen, como se ha dicho, como residuales y ligadas a tradiciones del pasado. En realidad, la historia y la guerra son posibilidades siempre abiertas, posibilidades experimentadas en contextos siempre distintos.

El contexto de fines del siglo xx está caracterizado por algo que va más allá de la guerra y la paz, y que configura la historia de manera totalmente nueva: la globalización.

Ésta representa uno de los máximos puntos de conclusión de la experiencia de este siglo, y en muchos aspectos también representa el punto de más relieve. En todo caso, es la condición de fondo en la que se deberá colocar en el futuro cualquier problema de economía y política. Es un error considerar la globalización sólo como un dato del mercado, ligado a la implantación de grandes tecnologías cuya gestión óptima es posible sólo a nivel global. Esto es seguramente verdad, así como lo es que las mismas tecnologías y las dimensiones de mercado que requieren concentraciones de capitales cuyo radio de acción no puede ser ya sino el de una economía precisamente global. Pero la globalización va mucho más allá de este nivel. Hemos recordado la política porque la política es indudablemente la primera en ser alcanzada por el desafío de la globalización, no sólo porque la política es la que regula el movimiento de los capitales y de las mercancías. La globalización también interfiere con los fines últimos de la política, es decir con su concepción de los hombres y de las relaciones entre los hombres; y el hecho de que la globalización esté fundada sobre nuevas y grandes tecnologías aumenta esta interferencia. La globalización y las nuevas tecnologías transforman cada vez más al hombre en una figura de la "aldea global". La política está acortada, en cambio, a considerar al hombre como figura de un

espacio determinado, que excluye, en el fondo, otras pertenencias. La contradicción es patente y drástica.

En nuestra opinión, se trata también de una contradicción saludable y fecunda. No es nueva. Muchos aspectos de la experiencia del siglo xx parecen haber constituido novedades radicales, pero en realidad sólo han marcado acentuaciones radicales de tendencias y modos de ser muy antiguos o incluso primordiales en el hombre. También las biotecnologías, que ciertamente se hallan entre las novedades más conmocionadoras del siglo xx, representan, en el fondo, lo que el hombre ha hecho o ha tratado de hacer, como *homo sapiens* que siempre ha sido también *homo faber*. Del mismo modo, se puede considerar a la globalización como un modo de responder al esfuerzo y a los deseos ancestrales del hombre de salir de los límites que lo cercan. El hecho de que en la base de la globalización haya ante todo una nueva técnica, con los medios de comunicación, y aún más con la información, asume —desde este punto de vista— un relieve simbólico enorme. En efecto, ha sido justamente a través de los canales de la comunicación que el hombre, desde el alba de su historia, ha tratado de romper, o por lo menos de trascender, los límites de las pertenencias.

El hombre de la globalización es, a fin de cuentas, siempre el mismo hombre de siempre. El contexto de su vida personal y social ha cambiado profunda y radicalmente. Sus necesidades ahora están condicionadas, pero también estimuladas, como sus actitudes y sus capacidades, por una serie de posibilidades operativas y por interferencias morales y físicas sin precedentes. Y esto nos permite pensar y decir que si realmente con la globalización está surgiendo un hombre nuevo, esto es verdad y concierne sobre todo al hombre de la política.

Es evidente que la materia de estas reflexiones es susceptible de ser desarrollada indefinidamente. Aquí queremos puntualizar, para concluir, solamente algunas cuestiones.

La política, debido también a algunos motivos que hemos señalado, se ha planteado recurrentemente el problema de lo universal. Cuando se ha hablado —y en la Europa moderna se ha hablado cada vez con mayor frecuencia— de “política de lo universal”, ha sido con referencia a la universalidad de los valores, que la política debía ante y sobre todo seguir. Ahora la universalidad de los valores se ha transformado también en la globalidad geopolítica y sociocultural de su campo de aplicación, concluyendo un proceso abierto hace cinco siglos con el gran descubrimiento de Colón.

No carece de significado, en el fondo, que el hemisferio occidental, el nuevo Mundo de Cristóbal Colón, se encuentre a la cabeza de la globalización y resuma todos sus problemas, comenzando por el de las relaciones y la integración entre América Latina y la América anglosajona.

Pero, y es ésta una pregunta fundamental, ¿nuestra globalidad y universalidad, están destinadas a una felicidad y fecundidad seguras?

Ya hemos dicho que en la experiencia del siglo xx justamente el valor-hombre ha sido a menudo mortificado y negado. También hemos dicho, sin embargo, que la misma experiencia del siglo xx ha sido la exaltación de este valor, reafirmando con fuerza la libertad y los derechos, pero ofreciendo al hombre antes que nada un campo inédito de formidables posibilidades de afirmación. Estas posibilidades son ante todo las materiales, que ahora también muestran la eventualidad de que un hombre viva el doble de lo que hasta ahora, pudiendo sus órganos ser sustituidos paulatinamente cuando se desgastan. Pero junto con una renovada vida física, asoman en perspectiva posibilidades enormes en todos los otros aspectos de la experiencia humana.

¿Podremos hacer que la globalidad y la universalidad coincidan y se fusionen sin residuos, una en la otra? He aquí la gran pregunta que el siglo xx transmite al nuevo milenio. En el siglo que ahora concluye, la cultura, como política de la cultura, ha tenido un gran papel. Pero incluso para la expresión “política de la cultura” es oportuna alguna precisión. Esta expresión, en efecto, no significa en absoluto gestión de la cultura, gobierno o dirección de la vida cultural. Evoca, en cambio, una política que esté compenetrada por los valores de la cultura y que reconozca a la cultura un papel autónomo y protagonista. Esto ha sido a menudo negado y reprimido violentamente. Sin embargo también la política de la cultura se ha abierto su camino en el siglo xx y ha encontrado la posibilidad de una presencia no marginal en las vicisitudes del momento.

Por otra parte, sólo una política de la cultura vivida y expresa en los niveles más altos puede garantizar que haya también una política de lo universal, aunque más no fuera porque cultura y universalidad son vocaciones sustancialmente coincidentes. Cuando la cultura niega lo universal —como tan a menudo ha sucedido y sucede en la política— lo hace proclamando la universalidad de algo particular.

El primer y más importante mensaje de la experiencia del siglo xx que pueden recoger la política de la cultura y la política de lo universal es el relativo al valor-hombre, centro de una y de otra. La lógica de un mensaje tal puede ser expresada eficazmente con una máxima de Kant, que es quizás la más bella de su reflexión ética, y expresa de la mejor manera el espíritu humanista y cristiano de la experiencia europea: "Considerar siempre al hombre como fin, nunca como instrumento". En su sencillez es el mensaje esencial que emana de la experiencia del siglo xx, hecha por un lado más difícil, y por otro más prometedora por la serie de elementos contemporáneos que hemos evocado.

Traducido del italiano por Luisa Ibáñez Pelechá